

REESCRIBIR LA HISTORIA DEL PERÚ



POR JOSÉ JUAN PACHECO RAMOS (*)

Un enfoque nuevo sobre nuestra historia

La historia oficial del Perú es profundamente falsa y debe ser objeto de una revisión radical, porque ha sido y sigue siendo narrada en manuales escolares y relatos oficiales desde una óptica eurocéntrica, que privilegia la llegada de los conquistadores españoles, difundiendo una errónea narrativa “descubridora”, y la formación de la república criolla como ejes principales. Este relato invisibiliza las múltiples trayectorias de los pueblos andinos y amazónicos, y relega sus aportes a un pasado remoto y nebuloso, como si hubieran desaparecido tras la “modernización”. Frente a ello, la perspectiva descolonial propone otra lectura: una que no vea a las culturas prehispánicas como meros antecedentes, ni a la conquista como el “inicio de la historia”, sino que ponga el acento sobre la continuidad, las resistencias y las formas de re-existencia que sostienen a los pueblos originarios hasta el presente.

En este artículo se recorre la historia del Perú desde sus primeras civilizaciones hasta la actualidad, poniendo énfasis en cómo la colonialidad ha marcado la vida social, económica, cultural y política, y cómo a pesar de ello persiste la



creatividad y la resistencia de nuestros pueblos.

En el inicio hubo una civilización madre: Caral

Antes de cualquier contacto europeo, los territorios andinos y amazónicos del actual Perú fueron espacios de enorme diversidad cultural. Caral, en el valle de Supe (aprox. 5000–1800 a. C.), es reconocida como una de las civilizaciones más antiguas de América. Caral es una de las seis civilizaciones madres del mundo, es decir civilizaciones que se desarrollaron de forma autónoma y sentaron las bases para culturas posteriores¹. Su organización no se explica desde la guerra ni la dominación militar, ya que no

hay vestigios de actividad guerrera en las ciudadelas conocidas, sino desde redes de intercambio, prácticas agrícolas y centros ceremoniales que revelan otra forma de construir civilización.

Con el paso de los años florecieron y se sucedieron lo que es hoy día nuestro país otras culturas como Chavín, Paracas, Nazca, Moche, Wari, Lambayeque, Chimú, entre otras, que han dejado imponentes muestras de su actividad económica y cultural. Estas sociedades crearon técnicas agrícolas que

(*) Doctor en Filología y Filosofía y Máster en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad de las Islas Baleares, Maestría de Historia por la Universidad de París; ha publicado “L’État et la guerre chez les Inkas” (París, 2014), “Jirones de Cultura” (Lima, 2014) y “Madame Bovary y La Traviata: dos mujeres transgresoras” (Riga, 2019). “Déjame que te cuente” (Madrid, 2025).

¹ Las principales civilizaciones madres identificadas por los historiadores son las de Mesopotamia, Egipto, el Valle del Indo, la China antigua, la cultura Olmeca (Mesoamérica) y la cultura Caral-Supe (Andina).



dialogaban con la geografía, como los andenes y waru-warus, sistemas hidráulicos complejos y con expresiones artísticas cargadas de simbolismo. Todas compartían una cosmovisión en la que la naturaleza era parte de la comunidad. La reciprocidad, la correspondencia, la relationalidad y la complementariedad eran principios rectores de estas sociedades, expresados en prácticas como el ayni (trabajo mutuo)².

Desde una mirada descolonial, estas culturas no fueron simples "preámbulos" al Tahuantinsuyo, ni sociedades sin historia hasta la escritura alfábética. Su memoria se transmitía mediante quipus, textiles, oralidad y arquitectura. Reivindicar este legado implica reconocer que los pueblos andinos y amazónicos produjeron conocimiento y orden social propios, no subordinados a la narrativa occidental.

El Tawantinsuyo fue un gran proyecto de integración andina

El Imperio Inca, conocido como Tawantinsuyo, se consolidó en el siglo XV integrando múltiples pueblos y regiones bajo un

orden político que buscaba la complementariedad de los pisos ecológicos. El Cusco se convirtió en centro de un sistema que articulaba costa, sierra y selva, organizando el trabajo comunitario mediante la minka, la mita y el ayni.

El Tawantinsuyo fue un proyecto de integración, pero no una utopía sin contradicciones: hubo expansiones militares y resistencias internas. Sin embargo, se distinguió de los modelos europeos por no basar la riqueza en la propiedad privada individual, sino en la redistribución a través de depósitos colectivos (colcas) y en una concepción relacional del poder.

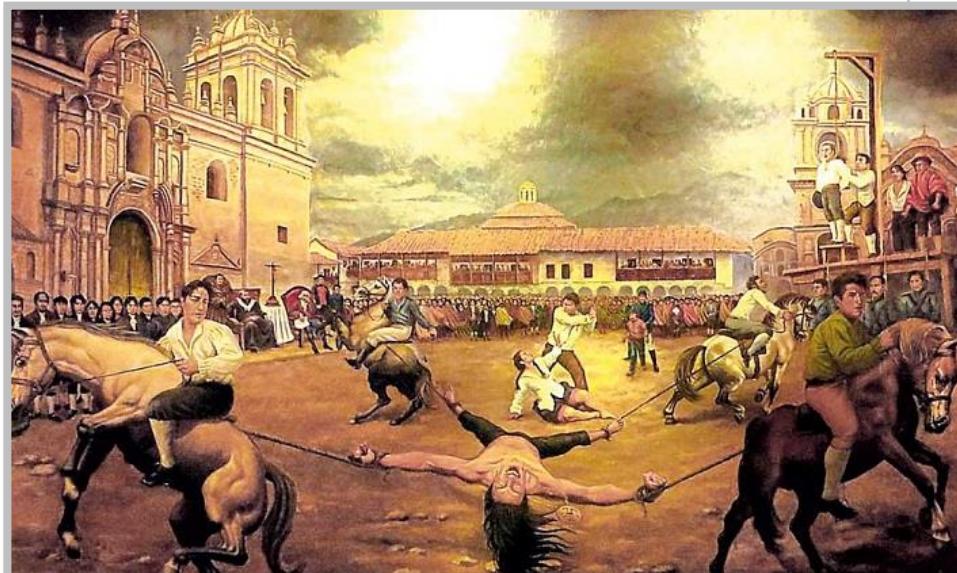
La visión eurocéntrica lo ha

reducido a una "monarquía absoluta" o a una "utopía socialista". Desde un enfoque descolonial, se entiende como un tejido complejo que articuló diversidad étnica, territorialidad y espiritualidad, constituyendo un horizonte de civilización distinto al occidental.

Los invasores impusieron la colonialidad

La llegada de los invasores españoles en 1532 supuso una ruptura radical. No se trató simplemente de una "conquista militar", sino de la inserción violenta del territorio andino en un sistema-mundo colonial y capitalista. La ejecución de Atahualpa en Cajamarca simbolizó el quiebre de la soberanía indígena, pero lo decisivo fue la imposición forzosa de nuevas lógicas: la encomienda, la mita minera (particularmente en Potosí), la evangelización forzosa y la racialización de la sociedad.

Los pueblos originarios pasaron a ser clasificados como "indios tributarios", los africanos fueron traídos como esclavos y los mestizos ocuparon un lugar



² Véase *Filosofía Andina*, de Josef Estermann, 2006, La Paz, Bolivia.

intermedio y ambiguo. La violencia no fue solo económica, porque también se demonizaron deidades, se prohibieron lenguas, se destruyeron memorias³.

Según la teoría de Aníbal Quijano, lo que aquí se instauró no fue solo la colonia, sino la **colonialidad del poder**, un patrón de dominación basado en la raza, el control del trabajo y el monopolio del saber, que persiste hasta hoy. Las rebeliones indígenas, como la de Túpac Amaru II en 1780, no buscaban únicamente independizarse de España, sino recuperar un horizonte propio frente a la opresión.

La república criolla en la farsa de una independencia sin descolonización

La mal llamada independencia, proclamada en 1821 y consolidada en 1824, no significó la emancipación de los pueblos indígenas y afrodescendientes. Fue, más bien, la continuidad de la dominación, pero ahora bajo las élites criollas. La hacienda sustituyó a la encomienda, las



Foto: Alejandro Olazo

comunidades indígenas continuaron despojadas y la ciudadanía fue restringida por criterios de alfabetización y propiedad.

La narrativa oficial exaltó a próceres criollos ilustrados, ignorando a las mayorías populares. La república se “europeizó” y concibió como heredera de Occidente, marginando lo andino y lo amazónico a una ubicación secundaria, a lo sumo folklórica.

El ciclo del guano y del salitre en el siglo XIX vinculó al Perú al mercado mundial como exportador de materias primas. Las ganancias no transformaron las condiciones de vida de la mayoría, sino que consolidaron a una élite reducida. La guerra con Chile (1879–1883) evidenció aún más la fragilidad de un Estado que nunca se había fundado sobre bases inclusivas y plurinacionales, sino sobre la mentalidad de rapiña de las élites gobernantes.

Desde una perspectiva descolonial, la independencia no fue la culminación de ningún proceso liberador, sino la confirmación de una pseudo

república sin descolonización.

El siglo XX vio el indigenismo, pero también la “guerra sucia”

El siglo XX fue escenario de nuevas resistencias y búsquedas. El movimiento indigenista, con intelectuales como José Carlos Mariátegui, planteó que el socialismo peruano debía partir de la comunidad andina, no de copiar modelos europeos. José María Arguedas, desde la literatura, reivindicó la voz indígena y la posibilidad de una nación mestiza donde convivieran múltiples lenguas y sensibilidades.

A pesar de ello, el indigenismo tuvo limitaciones: muchas veces habló sobre los indígenas más que desde ellos. La voz propia de los pueblos recién comenzaba a emergecer con organizaciones campesinas y federaciones indígenas.

El gobierno militar de Velasco Alvarado (1968–1975) intentó reformas, como la reforma agraria y el reconocimiento del quechua como lengua oficial. Sin embargo, no desmontó las estructuras profundas de la



https://conversacionessobrehistoria.info/2024/12/02/dos-siglos-despues-quienes-ganaron-la-independencia/

³ Véase el artículo: “Sangre y oro: la conquista española de América”, de Jorge Martín y Ubaldo Oropeza, 2023 en: <https://americasocialista.org/sangre-y-oro-la-conquista-espanola-de-america/>

colonialidad, y muchas comunidades terminaron desarticuladas.

En los años 80 y 90, la “guerra sucia” entre Sendero Luminoso y las fuerzas militares y policiales dejó más de 69,000 muertos, en su gran mayoría campesinos quechuahablantes. Este hecho reveló con crudeza cómo la vida de los sectores campesinos e indígenas seguía siendo menospreciada por el Estado y por la sociedad dominante.

El Perú de hoy se debate entre el extractivismo y la re-existencia

Desde hace casi cinco décadas el fujimorismo se ha adueñado de la vida política y sumido al país en niveles alarmantes de miseria, corrupción, narcotráfico y crimen organizado. El siglo XXI ha estado marcado por un crecimiento macroeconómico basado en minería, petróleo y gas, mientras los niveles de pobreza, insalubridad y enfermedad se han multiplicado entre las grandes mayorías trabajadoras. Este

modelo de explotación de los recursos naturales ha generado múltiples conflictos socioambientales, especialmente en territorios indígenas. La masacre de Bagua en 2009 evidenció claramente que el Estado neoliberal prioriza la inversión extractiva por encima de los derechos de los pueblos amazónicos.

Al mismo tiempo, se han fortalecido movimientos e iniciativas indígenas, feministas y afroperuanos que cuestionan el modelo económico capitalista y plantean alternativas descoloniales. El reconocimiento parcial de lenguas originarias, las luchas por la consulta previa y las demandas de plurinacionalidad son expresiones de un horizonte distinto.

La colonialidad del poder, del saber y del ser sigue viva: en el racismo cotidiano, en la discriminación lingüística, en el centralismo limeño. Pero también siguen vivas la resistencia y la creatividad de los pueblos, que reafirman sus territorios, sus cosmovisiones y sus lenguas.

La historia descolonial del Perú muestra que no existe un “pasado indígena” muerto, sino una continuidad histórica de creación y resistencia. Las culturas originarias no fueron etapas primitivas, sino civilizaciones con lógicas propias que perviven y se desarrollan en nuestro país. La colonia instauró un sistema de dominación racial que aún persiste, mientras que la república criolla no rompió con esta herencia, sino que la reformuló.

Hoy, las luchas contemporáneas por la tierra, la autonomía y la plurinacionalidad van de la mano con la exigencia de una transformación real de la sociedad, tanto en lo político como en lo económico, y demuestran que la descolonización no es un asunto del pasado, sino una tarea pendiente y urgente. Construir un Perú descolonial implica reubicar en el centro las voces históricamente silenciadas, y reconocer que el futuro no puede edificarse sobre la negación del pasado ni sobre el despojo continuo.



<https://correspondenciadeprensa.com/?tag=colonialidad-del-poder>